

se puede pensar del hombre que combate, impugna, habla, disputa, dogmatiza y escribe contra la Religion? ¿qué frenesí, qué furia, qué delirio, qué falso zelo le arma y agita contra el cielo, contra la tierra, contra sí mismo? por qué interes se mueve? acaso por su conveniencia propia? Pues ¿qué perjuicio puede causar á la felicidad humana un Evangelio de paz, de caridad, de sumision, de paciencia? ¿qué temor pueden causar la ambicion, las calumnias, las tramas, las perfidias, las atrocidades del que es verdaderamente cristiano? Sea su fe verdadera ó falsa, esté cierto, que cuanta mas religion tenga, á ménos pasiones estará sujeto; y que no puede dejar de ser formidable á los impíos, miéntras no empiece á imitar su impiedad. ¿Mueve acaso á estos el bien público? Reyes que domináis desde el trono, magistrados que presidís á los tribunales, padres de familias que ejercitáis vuestra potestad en el recinto de vuestras casas, hablád ahora: ¿fiaríais á la irreligion el gobierno prudente del Estado, la obediencia de los vasallos, la concordia de las familias, la autoridad de las leyes, la decencia del recato y de la modestia? Y si alguna vez lo habéis hecho, ¿no os habéis arrepentido luego, enseñados por una experiencia deplorable? Oyéseles cada dia á estos incrédulos gritar y defender que la Religion no es obra de Dios, que es invencion política de los soberanos que han querido levantar astutamente entre el trono y las insolencias del pueblo un muro que no pueda romper ni postrar el desenfreno de las pasiones: ¿por qué razon pues estos hombres que muestran tanto zelo por el bien de la sociedad y de la patria, por qué razon destruyen la obra estupenda en su opinion de la humana sabiduría, despedazando el velo que oculta los arcanos de un engaño necesario, y desquiciando el Estado con la atrevida desvergüenza con que socavan los cimientos donde estriba? Este error segun ellos, de que pretenden desengañar á los demas hombres, ¿no es mas útil al mundo que las fabulosas verdades que quieren enseñarles? porque este solamente seria un error especulativo, que en la práctica acercaria al hombre á la verdad, supuesto que si traía engañado al pueblo, era solo para contenerle, moderarle, mantenerle en paz y hacerle feliz. Finalmente no pueden resolverse sino á pensar que toda la Religion no es otra cosa que un misterio político, y así se afanan por persuadirlo al mundo. De este modo pues, ó grandes de la tierra, ó magistrados, protectores de las leyes,

vengadores y defensores de la pública tranquilidad, de este modo despiertan vuestra vigilancia, y encienden vuestro zelo contra la corrupcion de sus doctrinas pestilentes. El hombre sin religion os avisa y está gritando que si la Religion pèrece, el Estado caerá envuelto indispensablemente entre sus ruínas; y que estáis obligados no solamente por Dios, sino por el príncipe, por el bien público, por la patria, por vuestra propia autoridad, á contener el desenfreno de esos hombres tan insolentes que no quieren reconocer superior ni en el cielo, ni en la tierra: el hombre sin religion os avisa y está gritando que la principal obligacion vuestra como cristiano, como magistrado, como hombre de bien y como político, es enfrenar el curso de esas opiniones contagiosas, que solo combaten la Religion para destruir la probidad, y que solo afectan tan escrupulosa delicadeza en materia de probidad, para disimular las maldades y ocultar los horrores del libertinaje: el hombre sin religion finalmente nos avisa y está gritando con sus máximas perniciosas, y acaso con su escandalosa conducta, que solamente la religion es capaz de infundir la verdadera probidad. Os he manifestado en la primera parte, que solo el cristiano es hombre de bien: veamos brevemente en la segunda, cómo el hombre que es solo hombre de bien, no constituye el cristiano verdadero.

SEGUNDA PARTE.

Despues de la deplorable y maliciosa obcecacion de la impiedad declarada, que busca fuera de la Religion la probidad perfecta y verdadera, no hay error mas perjudicial que el de la falsa piedad que limita y resume todas las obligaciones de la Religion á las leyes de la probidad. Error frecuentísimo en nuestro siglo! Por esto vemos que los cristianos que en medio de las ruínas de la fe combatida por todas partes, conservan algunos vestigios de la Religion, piensan que para ser irrepreensibles basta confesar, respetar y adorar á Jesucristo, conformando su conducta con las leyes de la sociedad civil; ó si conocen algunas leyes añadidas por la revelacion á las leyes primordiales de la razon, la reducen á términos tan estrechos, que en su opinion nada ó casi nada añaden las calidades de un verdadero cristiano á las prendas de un hombre de bien. Destruyamos

este peligroso engaño, manifestando cuán superiores son las virtudes evangélicas á las virtudes de la probidad, por ser unas virtudes mas sublimes en su perfeccion, mas verdaderas é interiores en su principio, mas llenas y completas en su extension, y mas acendradas y desinteresadas en sus fines.

I. Las virtudes que aconseja é intima el Evangelio, son mas elevadas en su perfeccion. No niego, hermanos míos, que de la Religion le proviene al hombre todo el mérito y todas las calidades de la probidad humana: pero procedamos con cautela, y siguiendo el precepto del Apóstol, consideremos con atencion la excelencia de la gracia por cuyo medio somos llamados á Jesucristo: *videte enim vocationem vestram* (1). Buen padre, buen amo, buen amigo, buen magistrado, buen ciudadano, todo esto lo es el cristiano; pero si no pasa de aquí, todavía no posee las virtudes del cristianismo, porque á estas prendas que pide el mundo, añade el Evangelio otras virtudes que ni el mundo pide ni conoce; virtudes mucho mas elevadas en su perfeccion, ora se considere el cristiano por la parte de la razon, ora se le considere por la parte del corazon y las costumbres. Por parte de la razon, porque toda la sabiduría y circunspeccion del hombre de bien se reduce á no gobernar sus juicios por la regla de sus preocupaciones y pasiones, á no decidir sino despues de un maduro exámen, de una averiguacion diligente, y á no creer sino lo que ve; pero la circunspeccion y sabiduría del cristiano le enseña á reconocer una razon superior á la razon humana, á contentarse con los motivos de credibilidad, sin solicitar ver lo que cree. Indagaciones, estudio, luces, noticias, á esto se reduce el sabio del mundo: ingenuidad, sencillez, obediencia, sumision, humildad, ved lo que constituye el sabio del Evangelio: la razon ejerce su imperio sobre el sabio del mundo: en el sabio del Evangelio la fe domina á la razon: grande y esencial diferencia entre el hombre que es solo hombre, y el que quiere ser cristiano verdadero. ¡Cómo no llegan á comprenderla esos entendimientos que se precian mas de filósofos que de cristianos, que andan eligiendo y decidiendo entre doctrinas y doctrinas, entre misterios y misterios, adoptando unos y reprobando otros, y fabricando su fe sobre la creencia de los artículos de la religion que á su parecer no se

(1) I. *Ad corinth. c. 1. v. 26.*

opone ni repugna á la razon! ¡Qué poco la entienden esos entendimientos soberbios y presumidos que en estos tiempos de tantas disputas y porfias, se erigen en jueces y árbitros; que en las controversias de la Religion sentencian entre los que la Iglesia condena y la misma Iglesia que los condena; que desamparan el camino de la obediencia humilde por seguir el dictámen de la razon contumaz y presumida! No son estos por cierto discípulos dóciles, sino sabios que se entrometen á examinar materias y puntos superiores á su inteligencia, los que sin embargo resuelven temerariamente; hombres en fin, que si bien se denominan cristianos, no lo son en la fe. No, hermanos amados míos, no tiene la ley de Dios carácter mas expreso, ni mas cierto para distinguir el Evangelio de todo lo que no es Evangelio, que la obediencia y sujecion del entendimiento, que como declara san Pablo, se rinde y cautiva en obsequio de la fe: *redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (1). Las demas leyes tienen por fin sujetar las pasiones á la razon; la ley y doctrina de Jesucristo es la única que se propone por blanco sujetar la razon á la fe: de donde se sigue, que luego que un hombre se entrega al exámen y averiguacion, fortaleciéndose en su obstinacion y resistencia, luego que sacude el yugo de la autoridad y de la sumision, deja ya de ser cristiano, y solo queda en él lo filósofo; de modo que la doctrina del Evangelio, como mas estrecha y rigurosa, quita al entendimiento la libertad que le dejaba la doctrina de la probidad. Y ¿pensaréis ahora que será mas benigna y tratará con mas blandura las inclinaciones, los afectos y deseos del corazon humano?

Ay amados oyentes míos! esas virtudes de la probidad natural, no son, ni lo parecerán jamas, virtudes verdaderas comparadas con las virtudes evangélicas. El hombre de bien es un hombre cuya ambicion no se presta ni á las vergonzosas adulaciones, ni á la vil envidia, ni á las horribles calumnias, ni á la falsa política; pero el cristiano no aspira por sí á las honras y dignidades, ni las pretende y consigue sino en cuanto se las facilita su nacimiento, se las proporcionan sus talentos ó las circunstancias, y le obliga á admitirlas la autoridad; porque tiene mas temor á los peligros que corre en ellas la virtud, que amor

(1) II. *ad Cor. c. 10. v. 5.*

á la pompa y lucimiento que las acompaña. El hombre de bien desprecia el fausto, la altanería, los desdenes, la humanidad y dureza de la grandeza y de la opulencia; pero el cristiano no lo es verdadero sino siendo humilde en las dignidades mas elevadas, y pobre y desprendido en medio de las riquezas. El hombre de bien antepone la virtud á la fortuna, y es incapaz de cometer un pecado que le desacredite, para precaver ó redimir un infortunio; pero el cristiano se honra llevando la cruz de Jesucristo, y en una afrenta no merecida por él, adora y bendice la providencia saludable y llena de misericordia que le guia á Jesus por los caminos de Jesus. El hombre de bien sabe refrenar la pasión del odio y reprimir sus afectos; pero el cristiano no conoce enemigos, y con la llave de oro de la caridad tiene cerradas las puertas de su corazón para no dar entrada al odio, amando todo lo que ama Jesucristo. ¿Qué os diré finalmente, y para qué llevaré adelante este paralelo? Humildad, penitencias, abnegación de sí mismo, amor al silencio y á la oración, lección espiritual, frecuencia de sacramentos y otras muchas virtudes que no conoce el mundo son esenciales al cristiano: si vosotros no las deseáis, si no las poseéis todas, ¿qué sois ni qué pensáis ser delante de Dios? Entended que no sois mas que sabios de la tierra, y justos segun el mundo; pero justos del cielo, ni destinados para el cielo, ni lo sois, ni lo seréis jamas. Es verdad que tenéis el nombre de cristianos, y profesáis su ley; pero carecéis de su espíritu. Como no conocéis á Jesucristo, tampoco él os querrá conocer á vosotros; y pues vuestra virtud es conforme la pide el mundo, que él os la remunere, porque el Evangelio pide virtudes mas sublimes en su perfección, y virtudes mas sólidas y mas espirituales en su principio.

II. No por cierto, no hay cosa que tenga ménos conformidad con las virtudes verdaderamente cristianas, que las falsas virtudes del mundo: esas virtudes digo, vanas y superficiales, esas virtudes de ostentación y de perspectiva, esas virtudes afectadas y dictadas por el respeto humano, esas virtudes propias de acciones y de una conducta limitadas á lo exterior, y que constituyen por lo comun todo el mérito del hombre de bien: virtudes con que el mundo se contenta, porque no ve el corazón, y con que debe contentarse, porque le basta nuestro modo de proceder por no necesitar de nuestros afectos para su felicidad. Es innegable segun el Evangelio, que la virtud debe

pasar desde lo interior á lo exterior; de modo que si una alma de las que con tanta frecuencia se hallan, dotada por otra parte de suficiente luz para conocer el pecado, del debido temor para detestarle y consternarse, de la rectitud necesaria para reprobarle, y de bastante sinceridad para reprenderle en sí; si esta alma digo careciese por otra parte de la debida vigilancia para apartarse de él, y de la fortaleza conveniente para resistirse á sus halagos; sus temores, sus deseos y sus remordimientos no solo no la justificarian, sino que agravarian su malicia por la resistencia á tantas luces y á tantas gracias. Con que se ve aquí la necesidad de que la virtud y piedad cristianas se trasluzcan y derramen exteriormente, que salgan del corazón y habiten en el corazón: principio fundamental de nuestra Religión, principio sentado é inculcado tan repetidamente en las sagradas Escrituras, que es imposible que nadie lo ignore. Lo que se ignora ciertamente, y muchas veces no lo quieren saber los hombres, es que no hay cosa mas rara que esta virtud interior, y que entre tantos hombres que parecen cristianos en las costumbres, se hallan muy pocos que sean cristianos de corazón.

¿Es con efecto virtud del corazón esa virtud que ni muda, ni reforma, ni destruye nada en el corazón? ¿que deja al genio todos sus ímpetus, á la vanidad sus desahogos, á la ociosidad su indolencia, á la soberbia su altivez, al amor propio todos sus resentimientos y delicadezas? ¿virtud en fin que deja al hombre en continua ociosidad respecto de Dios? Una alma verdaderamente herida del amor divino siempre anda desasosegada y con temor de desagradarle; siempre solícita y ansiosa, lejos de excusar las ocasiones de obrar y de sufrir por Jesucristo, solo se queja de que no se ofrezcan mas; dócil siempre y fiel á los menores influjos de la gracia, las faltas mas leves la consternan y mueven á lágrimas. Pregunto ahora, ¿es virtud de corazón esa virtud que se acobarda con tanta facilidad, que se fastidia tan apresuradamente del servicio de Dios? Si se ofrece una ocasión favorable de adelantar el caudal, un lance de honor, ¿qué solícito y apresurado anda el hombre, por mas cristiano que sea ó se precie de serlo, qué bullicioso y alborotado, qué vigilante y activo! De dónde pensáis procede esta solitud? de que el corazón está conmovido, y cuando obra el hombre segun sus inclinaciones, se le ensanchan los caminos mas estrechos, y todo se le allana. Pero si se trata del servicio de

Dios, en todo halla dificultad; la soledad le fatiga, la mortificación le espanta, el abatimiento le apura; nada emprende ó lo emprende con displicencia; el tiempo que se dedica al servicio de Dios, le parece siempre el mas pesado é intolerable; asiste á los ejercicios espirituales con repugnancia, y siente gran regocijo cuando se concluyen; y de aquí nace muchas veces que nunca está ménos con Dios, que cuando está cerca de Dios.

¿Llamaremos virtud de corazon esa virtud que tanto estudio pone en distinguir lo que es de consejo de lo que es de precepto, lo que solo llega á entibiar el amor de Dios, y no á provocar su indignacion? de modo que el hombre no tanto se propone amar á Dios, como no condenarse. Pues esa es ya virtud, me diréis. Es verdad; pero qué virtud? queréis que os la explique? Una virtud adquirida á fuerza de reflexion, de arte y de estudio; una virtud de razon, que tiene osadía para guardar un como medio entre Dios y el mundo, entre Jesucristo y las pasiones, entre la naturaleza y la gracia; que coarta los derechos de la Religion, que le pone y señala términos y limita su jurisdiccion; una virtud en fuerza de la cual sacrificará el hombre los afectos groseros, y aun las inclinaciones mas delicadas y propensiones mas lisonjeras; pero perdonará y exceptuará del sacrificio á las mas idolatradas aficiones; y con tal que conserve lo que llamáis el tronco y lo sustancial de la Religion, con tal que no incurra en ciertos pecados, cuya enormidad no alcanza á disimular ni á cohonestar ninguna sutileza, nada teme ni cree que hay nada que temer: una virtud en fin hija del amor propio, que lleva toda el agua á su molino, por explicarme así, que en todo se busca á sí misma, que nada le duele la causa de Dios, cuando no está conexas con su conveniencia propia. Virtud, si queréis, y no me opongo, que tendrá su asiento en el corazon; pero yo os digo que solo está allí como una esclava que sufre la servidumbre de todas las inclinaciones y apetitos del corazon; de modo que el corazon gobierna y da leyes á la virtud, y no la virtud al corazon. De donde se seguirá que siendo el hombre riguroso y observante en ciertos artículos, será libre y relajado en otros puntos acaso mas sustanciales; que culpará en sí lo que podria ser digno de perdon, y se disimulará lo que no debiera tener por lícito: seguiráse tambien de aquí que los vicios que mas provocan al cielo y mas escandalizan la tierra, serán calificados de virtudes y aun tenidos

por virtudes verdaderas, luego que el corazon los apruebe y apadrine. Así una alma indómita y vana vivirá muy contenta y satisfecha con su dictámen errado y pertinaz, una alma bullíciosa é iracunda, con sus prontitudes y arrebatos, y una alma maliciosa, con sus sospechas, con sus chismes y con sus maledicencias: y de aquí se seguirá finalmente que por mas que un hombre tenga todas las virtudes á juicio del mundo, ¿de qué le aprovecharán delante de Dios, para quien no hay verdadera virtud sino la que domina, sujeta y prevalece en el corazon? Luego la virtud evangélica es una virtud mas verdadera é interior que la probidad mundana, y es ademas de esto una virtud mas universal, mas llena, mas entera y mas extensiva.

III. Hemos llegado á un punto sobre que debe el hombre explorar con suma diligencia los caminos de su corazon, y examinar su conducta, porque ya se entrega á Dios, ya se aparta de él; ya es cristiano, ya no lo acaba de ser; ya zeloso, pero derramado; ya mortificado y penitente, pero indigesto y extravagante; ya oficioso y condescendiente, pero sin vigor, pusilánime, ligado con los vínculos del respeto humano; ya afable y amoroso, pero ocioso y lento; ya liberal y dadivoso, pero respirando pompa y ostentacion; ya ejemplar y modesto, pero vano y soberbio. Tal vez cumple con muchas obligaciones, pero no cumple sin embargo con todas, y como omite algunas, nada vale muchas veces cuanto ejecuta, pues la falta de una sola virtud es suficiente para privar de su mérito á las demas virtudes; el dejarse arrastrar el hombre de una sola pasion, es como si viviese esclavo de todas, porque no procede Dios como el mundo, el cual disimula y perdona los vicios sobredorados con brillantes prendas. En el cristiano deben hallarse todas las virtudes: zelo templado con afabilidad, humildad animada por el esfuerzo, intrepidez, cuyos bríos modere y abata la humildad, temor alentado por el amor, fervor avivado y enardecido por el temor, oracion á la cual suceda el trabajo y trabajo interrumpido por la oracion, modestia que no solicite la aprobacion de los hombres, generosidad que desprecie sus aplausos y juicios, caridad que se entregue toda á las necesidades del prójimo y á conservar la paz en el mundo, fortaleza para resistirse á los halagos de los deleites; qué se yo qué mas? debe finalmente hallarse en él el conjunto y la union de aquellas virtudes que son al parecer mas incompatibles. Esa es la virtud que

pide el Evangelio, pues el que quebranta un solo precepto de la ley, se hace reo de toda ella: *qui peccat in uno, factus est omnium reus* (1). Os parece rigurosa esta doctrina? ¿qué sería pues, amados oyentes míos, si me entrase yo ahora á examinar la inmensa extension de aquel gran precepto con que nos manda Jesucristo ser perfectos como lo es su Padre celestial? ¿qué sería, si desentrañando la doctrina de san Pablo y la idea que él da de un verdadero cristiano, os dijese con el Doctor de las gentes, que debemos todos estar muertos en Jesucristo; que la vida de la gracia no es otra cosa que la muerte de los deseos é inclinaciones viciosas de la naturaleza; que quien niega alguna cosa á Jesucristo, no le da lo que tiene derecho para pedir; que el hombre que no anda ansioso por consumir la obra de su santificacion, da indicios de que no la ha principado; que poner límites y moderar el fervor, es muchas veces aventurar la salvacion?

Pues qué? me diréis, ¿es preciso que todo cristiano haya de ser perfecto? No por cierto; pero todo cristiano, segun el comun sentir de los teólogos y santos Padres, está obligado á aspirar á la perfeccion de su estado segun su vocacion, y segun la abundancia de gracias que ha recibido. Y pregunto: ¿qué es aspirar el hombre á la perfeccion, sino andar solícito por evitar las ocasiones de pecar, por hacer guerra á los apetitos, por desarraigar las malas inclinaciones que malogran en nosotros los influjos de la gracia? Cómo? ¿acaso la verdadera virtud no sufre defectos? No por cierto, no los sufre, aunque es verdad que los tiene. Tiene defectos que la humillan, que la avergüenzan, que la contristan, que la afligen; defectos en fin que procura continuamente moderar, corregir y destruir; y así el hombre cuando todavía no es perfecto en sus costumbres, ya lo es en los deseos, en el esmero, en las cautelas, en la vigilancia: no posee todas las virtudes; pero se dedica, se prepara, se dispone á adquirirlas, ó podemos decir que ya las posee por el sincero pesar, por el dolor verdadero que siente en considerarse tan ajeno y tan distante de ellas; y por el estudio continuado y especial esmero que pone para adquirirlas: de modo que á este zelo y hambre de la perfeccion no resta mas que añadir la pureza y desinterés en los fines y motivos.

(1) *Ep. Jac. c. 2. v. 10.*

IV. No hablo aquí de un desinterés semejante al de la virtud y probidad mundana; desinterés falso é hipócrita que solo hace ostentacion de sí para que le juzguen por mas digno y acreedor de todas las cosas, afectando con una engañosa generosidad que no pretende nada; desinterés dictado por la vanidad y soberbia, que si desprecia la fortuna, es para solicitar la vanagloria; desinterés de amor propio, mas ingenioso y fino, que no solicita el concepto y aplausos de los hombres, porque se saborea con el aplauso interior y fruicion propia, con que por su mano se cobra y recibe el premio de sus virtudes: entiendo pues un desinterés verdadero y sincero, un desinterés general y universal, un desinterés tan libre de amor propio como de ambicion.

Cuando obra el hombre por el mundo, ó para sí mismo, cuando se propone cualquiera otra cosa fuera de Dios, no busca á Dios verdaderamente; y así no le halla. ¿Cuántas virtudes no naufragan todos los días en este escollo? Introdúcese imperceptiblemente en las obras mas santas el activo veneno de la vanagloria y del amor propio, y lo que el alma habia empezado por Dios, lo continúa y acaba para sí misma! De aquí es que muchos, al paso que hacen progresos en la devocion, se muestran al parecer desdeñosos y soberbios, resentidos y envidiosos, arrebatados é insufribles; pues como se consideran apartados de todos los pasatiempos y diversiones del mundo, les parece que tienen derecho á que se guarde con ellos toda atencion, toda condescendencia, y á que se les trate con toda distincion; mas ¿de qué les aprovecha haberse apartado del mundo, negándose á sus halagos, si se vuelven á él, apeteciendo su vanagloria? La verdadera virtud consiste en olvidar á los hombres, y en desear ser olvidados de ellos. Yo quiero siempre una virtud que ni sepa de sí misma, ni quiera que otros sepan de ella, y que no se manifieste en lo exterior sino furtivamente. Si deseamos que el mundo piense en nosotros, es indicio de que nosotros pensamos mucho en el mundo, y el que desea ser estimado de él, manifiesta que todavía le estima y le ama.

¡ Dichoso, ó Dios mio, el hombre humilde, que camina por sendas apartadas del bullicio del mundo, donde solo os ve á vos, y no es visto de otro que de vos! ¡ Oh, y de qué auxilios tan poderosos de vuestra gracia no necesitan aquellos, á quie-

nes vos dejáis engolfados en el alto mar de este mundo, donde los naufragios son tan frecuentes! No hablo de sus placeres, escándalos y embelesos, pues una virtud regular puede librarse de este daño; ni hablo de sus desprecios, desaires y afrentas, pues muchas veces son un beneficio de vuestro amor, y con ellas nos enseña y nos ayuda el mundo á huir de él: hablo sí de su estimacion, de sus alabanzas y aplausos: esta es la tormenta mas brava y formidable para el cristiano; nó hay enemigo mas cruel que un mundo adulador y halagüeño, que con sus caricias mata, y con su odio y ultrajes vivifica. El mayor favor, Señor, que podéis hacer á un hombre generalmente aplaudido de virtuoso, es permitir alguna sombra que oscurezca su gloria, alguna calumnia que empañe su resplandor, ó alguna gran desgracia que le humille, pues desengañado del mundo su corazón, solo aspirará á vos; y ¡qué mayor felicidad que ser vuestro en este mundo, ó Dios mio, para serlo eternamente en el cielo! Así sea.

SERMON

SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE LA RELIGION CATÓLICA.

(DE NEUVILLE.)

PARA EL MÁRTES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.

Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum.

Si no procuramos contenerle, todos creerán en él.

S. Juan, c. 11, v. 48.

Miserables cautelas, frustradas plenamente! pues á pesar de los ardides políticos y furores inhumanos de la sinagoga, presto se cumplirán las profecías que habian vaticinado los triunfos del Mesías. Presto aquel pequeño arroyo que, segun la expresion de la Escritura, habia corrido mansamente por el discurso de tantos años sin ser conocido en los valles de Judá, se convertirá en un rio caudaloso y arrebatado, cuya impetuosa corriente inundará todos los pueblos: *parvus fons qui crevit in fluvium magnum, et in aquas plurimas redundavit* (1). Intento hablaros del establecimiento de nuestra sagrada católica Religion; y ¿de qué argumento mas provechoso y mas importante podria yo trataros? Pero ¡qué desgraciada es la suerte de los ministros del Evangelio en este siglo de impiedad y de disolucion! No son hoy día los sermones mas necesarios los que exhortan á la virtud y al ejercicio de la Religion, sino los que exhortan y estimulan á creer. Pero no dudemos que para manifestar el Evangelio su verdad y divinidad, no necesita sino de sus propios progresos; porque ¿qué mas prueba de que la Religion católica es obra y enseñanza del mismo Dios, que ser la religion que se ha extendido y propagado por todo el universo? Siguiendo este pensamiento, ved como discurro.

(1) *Esth. c. 10. v. 6.*